

de esa cruz, déjame á mí caminar al Calvario... Mas ¡ay! tu muerte es preciso que se verifique, y he de presenciar tus crueles agonías; te he de ver muerto como un malhechor entre dos ladrones... ¡hijo mio, hijo de mis entrañas!... Meditad vosotros el dolor de esta Madre; contemplad su desconsuelo, viendo á su Hijo en tal miseria: ¡pero que afliccion no causaria á Jesus la presencia de María su madre! Sus lábios embargados por el raudal copioso de amargas lágrimas no le dejan hablar mas á su Hijo, ni Jesus puede responder á su querida y tierna Madre. Jacob, rompistes tus vestidos al ver la túnica ensangrentada de José, pero tu desconsuelo no servirá jamás de término de comparacion para espresar el que siente nuestra Madre viendo á su Hijo cubierto de heridas, y la de Jesus contemplando el corazon de su Madre traspasado con la penetrante espada que de parte á parte le divide. Ya se cumplieron tus palabras, Evangelista amado: la luna hermosa y sin mancha se ha convertido en sangre, se eclipsaron sus radiantes luces, y el sol divino Jesus, se halla como cubierto de un saco de cilicio: hablad, Evangelistas santos; mostradnos lo que padecen Jesus y María en la calle de la Amargura. ¡Mas qué digo! Callan, no tienen palabras ni valor para explicar el dolor de Hijo y Madre.

Jesus mio, dejad esa cruz, bastante habeis sufrido: no hagais morir de dolor á vuestra Madre, ya tomásteis sobre vuestros hombros nuestras iniquidades: mirad en María las señales de la muerte; basta, pues, Jesus mio, basta... ¡Mas qué digo! Ese Dios afligido que tanto ha sufrido, ¿podrá dejar de continuar hasta el Calvario? No: pues si ha mostrado su amor, tomando sobre sí el castigo que merecíamos, tomando nuestras

iniquidades para satisfacer al Padre, tambien declarará su poder librándonos de nuestros enemigos, porque no solo ofreció llevarlas, *ego portabo* sino tambien salvarnos, *et salvabo*.

SEGUNDA PARTE.

Moriria sin remedio el hombre enemigo de Dios y esclavo del soberbio príncipe que le encadenara por la culpa; la maldicion terrible, el anatema de muerte se habia fulminado por el divino lábio y no podia dejar de cumplirse; los funestos efectos de la soberbia y desmedida ambicion del primer hombre no podian terminar sin humillaciones, trabajos y desprecios: los hombres solo podian gemir por su rescate, suspirar por su libertad, pero la ofensa era infinita, é infinita debia ser la satisfaccion: solo un Dios hecho hombre podia salvarnos, *et salvabo*.

El leon rugiente de la tribu de Judá se presenta camino del Calvario; el que descendió del trono de su gloria emprende cual gigante esforzado el camino de su pasion, y muestra su poder terrible, librándonos con la cruz de nuestros enemigos.

Viendo al hombre abatido hasta el extremo se resuelve á formar la humana naturaleza venciendo á sus contrarios, y para realizar tan hermosos planes, para concluir la grande obra de nuestra redencion, escoge el mas humillante suplicio, pero en ella declara en espresion de Isaias cuán grande era su poder y misericordia.

En vano clamara Nestorio que en Jesus no habia poder para redimirnos: la fé no reconoce en el Salvador mas persona que la divina, á la que hipostática-

mente unió la naturaleza humana, pero no resultó humana persona, de suerte que confesamos en Jesucristo dos naturalezas, divina y humana, pero una sola persona, la divina, así como en nosotros hay dos sustancias, la corporal y espiritual y no resulta mas que una sola persona racional. Supuesto este dogma de fé, las operaciones de Jesus son de un valor infinito, porque son de persona divina y se llaman *teándricas*; luego pudo por habitar en él la plenitud del poder, y satisfizo plenamente por los pecados del mundo con una satisfaccion condigna *ad aequalitatem* de todo el rigor de justicia. Oid á San Pablo: El Padre Eterno, nos Dice, sometiendo á su Hijo á una pasion dolorosísima, nos libró de la pena eterna, lavándonos en su sangre y rescatándonos á costa de sus padecimientos para ostentar su justicia y eterno poder.

Nunca se manifestó mas poderoso que cuando tomó la cruz para salvar al mundo; así es que Tertuliano esclama: tan perfectamente es Dios, tan grande y terrible su poder en la cruz como en el trono de su gloria; jamás fueron mayores los triunfos de Jesucristo, que cuando caminaba con ese madero para el Calvario, con él triunfa aplacando la justicia del Padre, padeciendo el Santo de los Santos, la imagen de su sustancia: el Dios omnipotente debilitado y estenuado, presenta, dice San Leon, al Eterno el mas agradable espectáculo: el ángel se admira, corre ya con fuerzas superiores el hombre, y es atraído con el dulce lazo del amor mas puro, apareciendo al cielo y á la tierra mas glorioso, humillado con el peso de la cruz, que sentado á la diestra de su Padre, pues la cruz que solo como omnipotente sostiene recopila en sí todo el honor, gloria y bendicion.

Ella es el trono en que va á sentarse el Salomon divino para dar justas leyes á un pueblo nuevo que va á formar, y triunfa de los errores y supersticiones en que estaba sumergido el mundo, y que llegó á hacer olvidar á los padres el amor que debian á sus hijos, sacrificándolos á deidades fementidas: la cátedra desde donde enseñara á las naciones heróicas virtudes, desinterés, humildad, perdon y cuanto puede necesitar el hombre para vencer sus indómitas pasiones: esa cruz es el ara donde se inmola el immaculado Cordero cuya sangre teñirá á los desgraciados cautivos, y será licor precioso y escogido que sane la cruel herida que hizo el pecado; la espada de dos filos que lleva para pelear contra los adversarios del hombre, y destruir el tiránico imperio del domonio, como Rey inmortal de la Gloria.

¿Le veis agoviado y afligido bajo el peso de la cruz? Pues no le mireis con horror como el romano y el gentil: contemplad que es el triunfal carro en que entrara victorioso en la Jerusalem hermosa, destruidas las infernales potestades; la bandera que tremolada á vista de las naciones convoca á los hombres de todas las partes del mundo. ¡Oh triunfos de Jesucristo! Sinagoga, tú le llenaste de maldiciones como Semei á David, cuando le viste con la cruz, mas ya es infalible tu esterminio. Antigua ley, sacerdotes del templo, olvidad vuestros ritos y ceremonias, dejad caer el cuchillo de vuestras manos teñido con la sangre de mil víctimas: no agradan al Eterno vuestros sacrificios, solo acepta el de su Hijo, único Salvador del linaje humano: mirad á Jesucristo triunfante con su cruz: mirad abierto el libro de repudio de que habla el Profeta, para inscribir vuestros nombres ínterin

que á la sombra de ese árbol, siendo la insignia de los que en el sacrificio que en ella se ofrece quedaron redimidos.

El imperio y el trono, el cetro y la corona, el esplendor y estabilidad de su reino lo funda entre los baldones. Cristo abatido en la cruz, vive, reina y triunfa, siendo vencedor de todos nuestros enemigos: su imperio no tiene límites y su dominacion es la de todo el mundo. Los príncipes de Zabulon, de Judá y de Neptalí formarán su córte; el incensario y la espada le rindieran vasallaje, viendo vencidos á los asirios é idumeos, y su cruz se ve rodeada de triunfos y victorias: no despide con la cruz rayos y centellas como en el Sinaí para dar la ley: no sale como en otro tiempo fuego abrasador de su tabernáculo, su ley es un yugo dulce, un amable cautiverio, una fuerza encantadora, donde el siervo es libre y todos sin distincion son admitidos, dejándose ver como trofeos de su gloria el judío ingrato é incrédulo gentil encadenados á sus piés.

Calle de la Amargura, yo no te contemplaré en este instante como objeto de dolor, sino como lugar feliz donde descubro mi remedio. En el Paraiso veo á Adan manchada su hermosa estola, á Eva seducida por la serpiente, que tristes salen del Paraiso; en tí descubro al divino Adan, derramando su sangre de valor infinito para lavar la primer mancha, á la escogida Eva tomando parte en nuestra reparacion, y en las manos del divino Redentor ese árbol donde va á fijarse el decreto de vida y borrar con su sangre el de muerte fulminado en el Paraiso, donde quedara encadenado el leon sangriento é infernal que habia devorado el mundo todo; verdad es que la vista de Jesus

afligido y de la desconsolada María conmueve nuestros corazones; pero ella misma hace escuchar el grito del infernal dragon que precipitándose en sus lóbre-gas mazmorras reconoce su ruina y destruccion: ese divino Jesus que es la vida camina para morir, y puesto que el pecado introdujo la muerte, quedará vencida y podrán clamar los redimidos: ¡muerte, dónde está tu victoria! ¡dónde tu fuerza! ¡Mas ay! quedaste vencida y el hombre salvo, *et salvabo*.

Verdad es que vemos á Jesus humillado, abatido y sin señal alguna que diera á conocer su hermosura y singular belleza para templar el desconsuelo de María y las aflicciones de Jesus: pero esos mismos abatimientos nos elevaron á un grado de superioridad y nos colocan en el feliz estado que nos concede el Redentor: con las victorias que consigue de sus enemigos recuperamos los perdidos bienes, aquellos bienes infinitos que fueran perdidos por la culpa: un sin número de males afligen al Hijo y á la Madre, pero ellos consiguen una eterna alianza entre Dios y el hombre, se abrazan llenos de amargura, pero en el mismo instante se dan el parabien todos los descendientes del padre prevaricador porque nos proporcionan su amistad eterna: al ver sus ojos cubiertos de lágrimas, reconocemos su amor y renace la esperanza de poder un dia adquirir el reino de los cielos, y libres ya de los horrores de la muerte, de la esclavitud del demonio y de las funestas consecuencias de la culpa, respiramos tranquilos y vemos desaparecer nuestros enemigos.

Ya estamos libres; limpios del pecado, herederos del reino de los cielos. ¡Oh cuánta felicidad! ¡Qué inexplicable dicha! ¿Y á quién debemos tantos bienes? ¿Quién nos ha restituido á este feliz estado? Solo

Jesucristo, que lleno de amor tomó la cruz y en ella nuestras culpas; solo Jesucristo que sufrió cuanto nosotros merecíamos, que tanta aflicción experimentó al encontrar á su Madre y nuestra en la calle de la Amargura llevando el peso de nuestros crímenes; solo Jesucristo que afligido con la cruz declaró su poder redimiéndonos, librándonos de nuestros enemigos y dándonos los perdidos bienes en sus mismas aflicciones y en los desconsuelos de su Madre, y llenando la promesa que hiciera al mundo por Isaías: Yo llevaré y os salvaré: *Ego portabo et salvabo.*

Hé concluido, ilustre y venerable archicofradía y cristiano auditorio: alaben los cielos tan ardiente amor como mostraron Jesus y María por nuestro bien: convidemos á los montes y elevadas colinas para que bendigan ese poder que ha consolado y salvado á su pueblo: empero nosotros mismos podemos mostrar nuestro agradecimiento: esa cruz es el camino que nos conduce al cielo, pero no olvidéis que es preciso seguir hasta el Calvario: aflicciones y desconsuelos presentan Jesus y María en la calle de la Amargura: nosotros debemos presentarnos afligidos y desconsolados por haber despreciado su amor y su ternura: hijos somos de esos divinos personajes, manifestemos nuestro respeto y filial amor, con despreciar las culpas, llorar nuestros crímenes y hacernos dignos de los frutos de su pasión.

Sea así, afligidísimo Jesus, desconsolada Madre mía; enviarnos un rayo de divina luz que disipe nuestras tinieblas, herir nuestros corazones con el dardo encendido del amor: no nos abandonéis, no volvais vuestros rostros de esta ciudad, y mirad con ternura esta devota congregación, cuyos individuos

se honran con el título de esclavos vuestros. Sí, Redentor amabilísimo, lávanos con esa sangre preciosa: madre dulcísima, miranos con elementos ojos; hacernos participantes de las aflicciones y desconsuelos que padecísteis en la calle de la Amargura, para que cautivos nuestros corazones en las dulces cadenas del amor, solo nos quede libertad para amaros y servirnos durante los dias de nuestra miserable vida, y despues entonar himnos de alabanza y bendicion en la gloria, por los siglos de los siglos. *Amen.*